

Género, trabajo y proyectos de vida: ¿“Rarezas” de jóvenes empacadores/as¹ colombianos/as?

Gender, work, and life projects: “Rarities” of young
colombian packers?

David Andrés Díez-Gómez

Uniminuto, Seccional Bello, Antioquia, Colombia

Resumen

Este artículo presenta una parte de los resultados de una investigación monográfica que trata sobre el papel del género y los significados que jóvenes empacadores/as subcontratados por “Almacenes Éxito en Bogotá”, Colombia, asignan al trabajo productivo-reproductivo en sus proyectos de vida. Desde una perspectiva cualitativa, a partir de cuatro entrevistas semi-estructuradas, se analiza si el traba-

Abstract

This article presents some results of monographic research on how gender influences the meanings of productive-reproductive work in the life-projects of young supermarket packagers subcontracted by “Almacenes Éxito” in Colombia. From a qualitative perspective, based on four semi-structured interviews, it discusses whether work responds to what young women and men want to do, have, and be in the long

¹ La investigación de la cual se deriva este artículo fue realizada como requisito parcial para optar al título de magíster en estudios de género de la Universidad Nacional de Colombia. Fue realizada entre finales de 2007 y principios de 2009 en la ciudad de Bogotá, y su aprobación se dio ese mismo año.

jo responde a aquello que los/as jóvenes quieren hacer, tener y ser a largo plazo en el plano laboral, educativo y familiar, en donde se encontraron desigualdades de clase entre los sexos y entre las mujeres, pues estas últimas resultan más afectadas por la ruptura contemporánea de los vínculos entre trabajador/a y empresa.

Palabras claves

Género, trabajo, proyectos de vida, juventud, Colombia.

term in the realm of work, education and family; finding class inequalities between the sexes, but also among women, who are most affected by the contemporary rupture of linkages between worker and company.

Keywords

Gender, work, life projects, youth, Colombia.

Introducción

Anivel mundial, la población joven es una de las más afectadas por el desempleo y la precarización del trabajo como resultado de la aplicación dogmática de las tesis neoliberales que privilegian la libre circulación de capitales financieros multinacionales, la disminución de los Estados y la protección de los intereses comerciales por encima de los derechos laborales.

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), entre 1995 y 2005 el desempleo juvenil aumentó 23% a escala mundial y aunque la población joven constituye un cuarto de la población total, la cantidad de jóvenes sin trabajo representa la mitad de las personas desempleadas en el globo. En el caso del Tercer Mundo, los y las jóvenes buscan trabajo no tanto con el objetivo y la posibilidad de formarse para un futuro, sino por la necesidad de subsistir. En términos del mercado laboral, ello explica su sobre-representación en trabajos de baja calidad —remuneración precaria, seguridad social parcial o nula, poca estabilidad y bajas posibilidades de ascenso— entre otros aspectos (OIT, 2006).

En este tema Colombia no es la excepción. Ni siquiera en el 2007, el año más productivo de la economía nacional durante las últimas décadas, la juventud gozó de su derecho al trabajo, pues junto a un crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) de 7.5%, la tasa de desempleo juvenil se ubicó, según el DANE,² en 20.3%, 10 puntos por encima de la tasa del

² Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE), de Colombia.

total nacional. Más grave aún fue el caso de las mujeres jóvenes, cuya tasa de desempleo llegó a 26.3% y el de la juventud más pobre, que alcanzó el 28.9%, según el Ministerio de la Protección Social.

Con la crisis económica mundial la situación empeoró más. En el trimestre marzo-mayo de 2009, el total de jóvenes desempleados en el país sumaba 1'162,284, los cuales representan 47% de los 2'487,610 desocupados colombianos para esa fecha. En el caso de los/as jóvenes ocupados/as, la situación tampoco ha sido alentadora. Entre 2007 y 2008 la única posición ocupacional que ascendió (22.4%) fue en el trabajo por cuenta propia. Éste suele darse en el sector gris o informal, al cual se vinculan 7 de cada 10 jóvenes si se entiende como carencia de contrato de trabajo, y nueve de cada diez si se asume como la falta de acceso paralelo a salud, pensiones y protección de riesgos en el trabajo.

El crecimiento de esta forma de contratación coincide con el descenso en las tasas de sindicalización. Mientras que en 1984 diez de cada 100 trabajadores colombianos pertenecían a un sindicato, en 1990 la cifra se redujo a ocho (Ríos, 1992) y actualmente apenas llega a 4.8 de cada 100, según la Escuela Nacional Sindical (ENS).³ En las versiones más optimistas, apenas uno de esos 4.8 sindicalizados es joven.

Las Cooperativas de Trabajo Asociado (CTA) mediante las cuales empresas multinacionales como *Carrefour* subcontratan a su personal de empaque, se inscriben en el mencionado modelo de contratación precarizante, mediante el cual se reemplazaron antiguos trabajadores directos por jóvenes cuyo "salario" se reduce a las propinas de los clientes, generando ahorros de nómina que alimentan los bolsillos de accionistas transnacionales.

Este es el esquema que desde 1996 adoptó el grupo comercial "Éxito-Cadenalco" para subcontratar a cerca de 2,500 jóvenes entre 18 y 24 años de edad afiliados a las Cooperativas de Trabajo Asociado (CTA) "Nacer", en las ciudades de Bogotá, Cali, Medellín y Villavicencio. Para el año 2000, este grupo comercial ocupaba el séptimo lugar por tamaño entre las 100 primeras grandes empresas colombianas.

³ Ver dato en <http://nuevo.ens.org.co/index.shtml>

Almacenes Éxito defiende su esquema de subcontratación de empaques argumentando que éste les brinda a los jóvenes de bajos estratos, un empleo cuyos ingresos y jornadas laborales permiten desarrollar proyectos de vida ligados a la formación académica y posterior ascenso laboral en oficios cualificados.

Sin embargo, estudios feministas (Díaz, Godoy y Stetcher, 2005) realizados sobre el impacto de género de empleos flexibles no calificados en las posibilidades de desarrollar proyectos de vida con equidad entre los sexos, señalan al menos dos tensiones que pretendo abordar en este trabajo: 1) El reciente ingreso de las mujeres al mercado laboral coincidió con el surgimiento de formas de empleo flexible que desde 1970 vienen desmontando las garantías sociales derivadas de relaciones fuertes entre empresa y trabajador. Así, si antes de 1970 los trabajadores se amparaban en una relación contractual para acceder a beneficios como becas educativas, después de esa década aparecen formas de empleo “civil” que no obligan a las empresas a asumir a los trabajadores como tales sino como civiles con los cuales simplemente un servicio personal es intercambiado por beneficios mínimos como la vinculación al sistema de salud y pensiones, llegando al punto extremo de que la empresa contratante no esté obligada a garantizar el “salario” de los trabajadores, como sucede en el caso de las CTA de empaques. 2) El ingreso de las mujeres al mercado laboral no ha implicado un ingreso masivo de los hombres y del Estado en el mundo del trabajo reproductivo, lo cual genera una doble jornada de trabajo femenino. Esta última presiona a las mujeres a aceptar más fácilmente trabajos con horarios flexibles y remuneraciones precarias con el propósito de responder paralelamente a las demandas sociales de los mundos productivo y reproductivo.

A pesar de las anteriores dificultades, la mirada feminista privilegia el análisis de la capacidad de agencia que hombres y mujeres ponen en escena mediante estrategias cotidianas que se mueven entre la adaptación y la resistencia a la inequidad de género, y en este caso a la precariedad laboral. Bajo ese marco, la categoría de “proyecto de vida” resulta útil para analizar, en trayectorias particulares, el cruce entre las condicionantes

sociales externas y las iniciativas, y capacidades individuales para moverse en el mundo del trabajo.

Así pues, en este artículo me interesa analizar los sentidos que jóvenes empacadores/as subcontratados por Almacenes Éxito en Bogotá, Colombia, asignan al trabajo productivo-reproductivo en sus proyectos de vida a largo plazo. ¿Cómo opera el género en los proyectos de vida de jóvenes vinculados/as a un empleo flexible y precario como el de empacador de supermercados? ¿Hasta qué punto las familias de los/as empacadores/as cuentan con las posibilidades materiales y simbólicas para que las trabajadoras reduzcan su carga de trabajo doméstico cuando se vinculan a una actividad remunerada, o cuando aspiran a realizar una carrera técnica, tecnológica, de pregrado o, simplemente, formarse en saberes y oficios particulares? En cuanto a los hombres: ¿La imagen del varón proveedor les permite concentrarse en el trabajo remunerado, en el estudio, o ambas, liberándose de actividades domésticas y de cuidado de niños u otro tipo de personas que necesiten tutela?

Aspectos metodológicos: De "muestras" a "rarezas" etnográficas

Para el desarrollo de esta investigación consideré pertinente el uso de una sola estrategia de carácter cualitativo: entrevista semi-estructurada. Elegí esta posibilidad dada mi formación como antropólogo, la cual me invita a acercarme a la investigación con el ánimo de conocer el punto de vista de los actores que viven en carne propia las distintas realidades sociales. Un enfoque cualitativo resulta apropiado para esta intención, pues implica indagar por los significados y experiencias de los sujetos desde sus propios puntos de vista, sin olvidar el papel de las condiciones materiales de existencia, y en general de aspectos objetivos, los cuales se relacionan dialécticamente con los sentidos atribuidos por los actores sociales a sus experiencias. Este enfoque permite un acercamiento adecuado al análisis de la categoría de "proyectos de vida" la cual implica, precisamente, una dialéctica entre lo objetivo y lo externo, cuya comprensión exige privilegiar las voces de los sujetos más que el análisis de datos cuantitativos globales.

Definí una muestra no probabilística de cuatro empacadores/as (dos hombres y dos mujeres), sin pretensiones de generalizar sobre la situación del universo de cerca de 2,500 empacadores de Almacenes Éxito. Mi pretensión inicial era basarme en algunos criterios que arrojaran casos contrastantes en términos de origen social, nivel educativo, estado civil, etcétera. Sin embargo, la lógica del terreno me llevó por otros rumbos. Así, en principio tuve que contactar a Juan, un empacador con rango de “coordinador” en uno de los principales Almacenes Éxito de Bogotá, con dos propósitos; primero, que me brindara acceso a las demás personas; segundo, que colaborara conmigo para probar una primera guía de entrevista y, a partir de ella, definir la guía definitiva.

El acceso a otras personas se dio en función de lo que Guber (2001) llama el “sentido de lo exótico”, el cual alude al tipo de relación que se da entre sujeto investigador e investigado. De algún modo, Juan partía de la idea de lo “raro” para indicarme a quién podía entrevistar además de él. Es decir, se basaba en suponer que un investigador como yo buscaba lo remoto, lo que poco se repite. En consecuencia, me contactó con una mujer coordinadora, pues “hay pocas”; ésta, a su vez, me sugirió hablar con una mujer lesbiana, pues “hay pocas”; y ésta me llevó a hablar con un padre soltero, pues “hay pocos”.

Esto podría parecer casual. Precisamente, un enfoque cualitativo implica analizar, no tanto las *causalidades* —fundamentales para el paradigma positivista—, sino las *casualidades*, entendidas como situaciones en terreno que abren interrogantes al investigador y le permiten reconocerse a sí mismo como un instrumento de análisis, más que como un “operador” de técnicas supuestamente neutrales (Guber, 2001). ¿Por qué aquellos jóvenes que no son heterosexuales o las mujeres que acceden al poder, o los hombres en cuyo proyecto de vida es fundamental la paternidad, fueron asumidos por Juan como “raros”?

Para Juan yo representaba a un joven “normal” en busca de jóvenes “anormales”; un joven estudiante, no trabajador, en busca de jóvenes trabajadores, excluidos del sistema educativo, para ser estudiados y contribuir a la continuidad de mi proyecto de movilidad social. Aunque Juan jamás manifestó esta idea, precisamente una de las labores del investigador so-

cial es "interpretar" las voces de los sujetos de investigación. Ello implica siempre el riesgo de malinterpretar. La realidad nunca es unívoca. Aquí pretendo, al menos, aclarar el camino que recorrí para escribir este texto.

Género y cruce de diferencias

Autores/as de la llamada corriente *queer* señalan que la diferencia sexual biológica es antecedida por el género. Maffía y Cabral (2003) mencionan los casos de personas que al nacer tienen un clítoris considerablemente más grande que el de las mujeres promedio, o penes cuyo tamaño es mucho menor al usual, sin que ello represente una limitante a las funciones de sus organismos. En estas situaciones, la intervención quirúrgica actúa como *normatizante* de los cuerpos, es decir, inscribe en ellos las prescripciones de género que predominan en la cultura, las cuales dictaminan cómo debe ser el cuerpo y el comportamiento de un hombre y de una mujer, respectivamente.

De este modo, no existiría el sexo ni la orientación sexual —heterosexual— como datos "naturales", aislados de la cultura, sino que ésta atravesaría toda clasificación ligada a lo sexual, constituyéndose así toda una construcción cultural del sexo, a partir de la cual se derivan una serie de diferenciaciones y jerarquías que subordinan lo femenino a lo masculino, las mujeres a los hombres. Así, los estudios feministas y los estudios *queer* concuerdan en que aquello que entendemos por *hombre* o por *mujer*, pese a que varía culturalmente, siempre está atravesado por una jerarquización que dictamina lo masculino como superior a lo femenino.

En esta investigación parto de las construcciones culturales basadas en el binomio de género hombre/mujer pues, como se observará en los resultados, incluso en casos de mujeres que se consideran lesbianas, se toma ese binomio como referente para leerse a sí mismas en relación con los otros. Al hacerlo, se combinan de manera compleja y contradictoria algunos cuestionamientos a la jerarquía sexual predominante, con significados que de hecho la legitiman y contribuyen a reproducirla.

Existen múltiples paradojas de la masculinidad y de la feminidad en relación con el sentido del trabajo en los proyectos de vida de jóvenes empacadores. En ese análisis es fundamental tener en cuenta los "cruces

de diferencias” que complejizan las desigualdades de género, es decir, las diversas expresiones que toma el género según la posición de clase, edad, orientación sexual, entre otras, propias de los sujetos sociales:

El significado del género depende del lugar arbitrario y contingente en que continuamente se están ubicando y reubicando sus términos diferenciales (las oposiciones binarias en las que se apoya). Con este concepto de la diferencia es posible pensar el continuo movimiento del significado del género, más allá del cierre provisional que lo hace posible. Imaginar hoy una teoría y una práctica política basadas en un antagonismo estructural transhistórico entre dos categorías coherentes —“las mujeres” y “los hombres”— es prácticamente imposible (Viveros, 2004: 189).

División sexual del trabajo y proyectos de vida en la crisis actual

El trabajo productivo y reproductivo ha sido clave en la organización espacio-temporal de las sociedades, así como en la construcción del género, configurando grados diferentes y desiguales de autonomía de hombres y mujeres para el desarrollo de sus vidas. En las sociedades contemporáneas tal configuración implica múltiples contradicciones ante la ruptura de un “contrato de género” rígido —hasta hace poco amparado en una legitimidad generalizada—, a partir del cual se suponía que las mujeres debían encargarse estrictamente de las labores reproductivas —y al mismo tiempo— subordinar sus vidas a la autoridad de un hombre vinculado a actividades productivas (Díaz, *et al.*, 2005). Así, en la actualidad se vive una crisis generalizada a nivel mundial debido a la globalización. Asistimos a un momento histórico en el que lo viejo no ha terminado de morir, y lo nuevo aún no termina de nacer. Ante los esquemas tradicionales, lo nuevo es que los sujetos contemporáneos, y en especial las mujeres, puedan definirse a sí mismas desde referentes que ya no dependen exclusivamente de instituciones fijas como la Iglesia, la familia o la escuela; y que su identidad, como sus cursos de vida, se constituyan a partir de reflexiones y decisiones personales en las que se

recurre a fuentes de sentido cambiantes, y desde las cuales se constituye lo que se ha denominado "proyectos de vida". Como parte de esas fuentes, desde 1970, en la mayoría de países el espacio laboral ha entrado a jugar un papel fundamental en las vidas de muchas mujeres de clase media y alta, quienes permanecían excluidas del acceso al trabajo productivo, y circunscritas a las actividades reproductivas.

Es bajo ese marco de cambio que se desarrollan los "proyectos de vida" de los sujetos contemporáneos. La noción de "proyecto de vida" se deriva de concepciones modernas del sujeto. Implica una percepción particular del tiempo, asociada a la idea de "planear" la trayectoria vital de manera consciente y programática, usando para ello recursos materiales y simbólicos concretos. Sin embargo, las sociedades actuales enfatizan en la planeación individual de la trayectoria de vida, justo cuando el escenario laboral, tan importante en la construcción de la subjetividad y en la gestión de recursos, se vuelve cada vez más incierto. Como lo señala Giddens (1991), la individualización implica la posibilidad de inscribir el yo en el tiempo, y en particular de proyectarlo hacia el futuro. A la vez, la actual tendencia hacia la flexibilidad laboral crea condiciones de trabajo precarias y a corto plazo (Sennett, 2000).

Hablar de "proyectos de vida" implica entonces considerar la relación dialéctica entre agencia y constreñimiento social. Tal relación se inscribe en una lógica temporal y en otra lógica de acceso a recursos materiales y simbólicos. Un proyecto de vida supone el establecimiento de metas que se aspiran realizar a corto, mediano y largo plazo. El resultado de ello puede ser (o no) la obtención de objetos, reconocimientos, habilidades, entre otros aspectos materiales e inmateriales. La dialéctica entre agencia y constreñimiento social se torna compleja cuando nos preguntamos, por un lado, hasta qué punto los sujetos sociales planean su vida y, por otro lado, en qué grado las condiciones materiales y simbólicas en las que se inscriben potencian o limitan la realización de sus planes. Los agentes pueden "jugar el juego" y ser creativos al hacerlo, pero sin saltarse las reglas amparados en su mera voluntad de hacerlo. Se trata de un carácter determinante, mas no determinista, de las estructuras sociales en las trayectorias de los individuos. El agente no es completamente autónomo a la hora de

“trazar” su destino. Mas como veremos en los resultados a continuación, tampoco es una simple marioneta de las estructuras sociales (Bourdieu, 1998). Así, la dialéctica propia de los proyectos de vida se encuentra estrechamente ligada a la historia familiar y a la trayectoria de vida de los individuos. Sin el ánimo ni el espacio para reconstruir estos aspectos de los entrevistados, a continuación se presentan algunos antecedentes familiares clave en la configuración inicial de sentidos (significados) del trabajo en sus proyectos de vida.

Configuración inicial de sentidos del trabajo: Tomando las riendas en “cuerpo ajeno”

Las cuatro personas entrevistadas vienen de posiciones sociales similares: sectores urbanos populares con bajos recursos económicos y culturales. Ni sus padres ni sus madres tienen educación universitaria. El nivel educativo más bajo se expresa en el caso de Juan, cuyos padres terminaron la primaria. Mientras que la madre de Sandra alcanzó la secundaria y su padre la primaria, de manera inversa al caso de Miguel. Por su parte, la madre y el padre de Diana —quien ostenta el nivel educativo más alto de los cuatro casos al estar cursando un pregrado— terminaron la secundaria.

La mayoría de padres y madres de los/as entrevistados/as trabaja en la informalidad, en los oficios de albañil y empleada doméstica (Juan); encuadernadora y marroquinería (Diana); panadero y tendera (Sandra). La excepción es el padre de Miguel, quien ascendió de maletero a supervisor de una aerolínea, y tiene una relación laboral formal con la empresa, mientras que su esposa es empleada doméstica. En los cuatro casos, los padres y las madres nacieron en Bogotá. Varios/as vienen de familias desplazadas y campesinas que se asentaron en barrios periféricos de la ciudad a finales de 1970. En el caso de Juan, la condición periférica es extrema, pues la casa familiar donde vivió sus primeros años en el sector de Ciudad Bolívar, carecía de los servicios de agua y electricidad. Todas las familias de origen se caracterizan por fuertes conflictos con el padre, por su alcoholismo, abandono, falta de provisión económica, violencia contra

la pareja e hijos/as, o incluso por el abuso sexual. En la actualidad, sólo Diana vive con padre y madre, mientras que el padre de Miguel abandonó la familia un año antes de la entrevista. Por su parte, Juan y Sandra escaparon de sus hogares a temprana edad. Juan a sus siete años, luego de recibir una golpiza de su padrastro, y consiguiendo el apoyo de una tía pensionada que lo acogió en su casa sin exigirle dinero y permitiéndole estudiar. Sandra, a los doce años de edad, soportó casi una década de abusos sexuales por parte de su padre, y sin contar con familiares que la recibieran, por lo que tuvo que residir en un hostel y rebuscarse la vida, primero en la criminalidad —vinculándose a una pandilla dedicada al hurto— y luego en la informalidad, trabajando como ciclo-taxista.

En cuanto a la permanencia en el sistema educativo, Diana, Juan y Miguel han tenido una trayectoria continua, en el primer caso sin mayores dificultades, y en los otros dos a pesar de haber perdido uno y dos años, respectivamente. Juan perdió por rendimiento académico, y en Miguel esa misma condición se mezcló con problemas disciplinares, especialmente por el consumo de drogas y conflictos con docentes y directivos. Sandra, por su parte, estuvo por fuera del sistema educativo durante los tres años que se insertó en la ilegalidad, pero luego, mientras trabajaba como ciclo-taxista, terminó su bachillerato.

En tres de los cuatro casos aparecen experiencias laborales previas al ingreso a la CTA. Sandra trabajó un par de años como ciclo-taxista; Miguel, durante seis meses como empacador de "Surtimax", y Diana, anudando manijas de bolsas para centros comerciales de la ciudad, aunque sólo en las vacaciones de los cursos décimo y once de secundaria.

Un elemento transversal de las cuatro experiencias es la informalidad y la precariedad en las condiciones de trabajo, especialmente por la ausencia de seguridad social y de contratos de trabajo. En el caso de Sandra resaltan los riesgos propios del trabajo al aire libre en medio de la persecución policial; en Miguel, la inestabilidad de los ingresos y la sobrecarga de funciones; y en Diana, la realización de tareas nocivas para la salud.

Las coincidencias en las condiciones laborales de los tres casos, llevarán a Sandra, a Diana y a Miguel, a considerar que el ingreso a la

CTA representa una mejoría en comparación con sus primeras experiencias laborales. Sin embargo, una importante diferencia atraviesa estos casos en cuanto a las motivaciones para trabajar. Mientras Miguel y Diana deciden hacerlo sin la presión de sus padres, y con el ánimo de contar con recursos adicionales a los brindados por sus familias para cubrir gastos personales —en el caso de Miguel orientados al consumo de bienes culturales propios de la cultura *hip hop*, y en el de Diana para comprar ropa—, Sandra se ve obligada a trabajar para mantenerse a sí misma, y en un segundo momento, a su madre y a su hermano menor.

Así, en el periodo previo a ese ingreso, el trabajo remunerado era asumido por Sandra, Diana y Miguel, con distintas cargas de género. Mientras para Sandra el trabajo remunerado significa un medio para mantenerse a sí misma y responder por su familia, para Diana y Miguel constituye una actividad accesoria, sumada a una ausencia de responsabilidades alrededor del trabajo reproductivo.

Pero el género no sólo atraviesa de forma desigual los sentidos que tiene el trabajo. En el caso de Sandra aparece además un vínculo entre el rol de “proveedor/a” o encargado/a de “tomar las riendas” (en sus palabras), y la construcción de una identidad masculina inscrita en su condición de “mujer”. Desde sus 12 años, Sandra se asumió como lesbiana y comenzó a considerarse como “el hombre de la casa”. Los abusos de su padre, al tratarla como objeto sexual durante su infancia, la llevaron a cuestionar el uso de la fuerza y del poder como medios para someter a las mujeres. Sandra considera que la fuerza debe usarse para protegerlas, tal como ella procura hacerlo con su pareja, con quien le gusta asumirse como “el macho” aunque, también al relacionarse con su madre, a la cual trata como un ser necesitado del cuidado y de las atenciones que su padre jamás le supo brindar. Recordando las trágicas violaciones durante su niñez, Sandra destaca su fuerza y capacidad de “frentear” a su padre, las mismas que acompañan todo su relato y aparecen como referentes clave a la hora de asumirse como “el hombre de la casa”:

Yo antes tenía el cabello largo, era toda una niña,
hasta que dije ¡no más! porque yo tuve muchos conflictos
pasados con mi papá, que me dolieron mucho, él me hizo

sufrir mucho y cambió mi vida radicalmente [...] Entonces ya fue cuando me mandé a cortar el cabello, me empecé a vestir como me visto hoy en día, y sí, a él no le gustó, muy de malas [...] Yo he dicho que el homosexual no se hace, sino nace. Se lo he dicho a mi mamá y se lo he dicho a mi papá, yo tengo sus genes y desgraciadamente yo digo que *mi Dios se equivocó de cuerpo, porque estoy en el cuerpo ajeno.* (Entrevista 3, Sandra, 2008)

Las experiencias de los sujetos previas al ingreso a la CTA, si bien no determinan completamente el sentido que el trabajo va a tener en sus proyectos de vida, sí muestran un importante papel de las relaciones de género en la familia como un factor que potencia o limita, según el caso, la configuración inicial de pactos de género más o menos desiguales y tradicionales, ligados a la posibilidad de desarrollar un proyecto educativo, como se verá más adelante.

Presente excepcional / Futuro etéreo: la rareza de Juan

La rareza de Juan no surge del extrañamiento de sus compañeros por condiciones sociales como el género, la orientación sexual o la paternidad, como en los casos de Diana, Sandra y Miguel, respectivamente. Juan se considera raro o excepcional frente al punto de partida de su trayectoria vital, sobre todo en comparación con otros jóvenes con quienes creció en el sector popular de Ciudad Bolívar, en Bogotá. Muchos de ellos incluso ya han fallecido a causa de la violencia entre pandillas, o se encuentran sumidos en la drogadicción. En cambio, Juan no sólo terminó su bachillerato, sino que además consiguió un trabajo formal en el que rápidamente ascendió del cargo de empaquador al de coordinador.

A partir de esa trayectoria, Juan proyecta su vida a mediano plazo, considerando la posibilidad de ascender al cargo de "Jefe de Servicios", que constituye un escalón por encima del rango de coordinador, y que supone ingresos mensuales de aproximadamente 800 mil pesos: "hablar desde que yo empecé a lo que soy ya ha sido algo. De ser empaquador a tener un almacén a cargo de uno, eso ya es algo. Llegar a ser jefe de servicios ya sería también algo." (Entrevista 1, Juan, 2007)

Juan aspira a mejorar sus ingresos, conseguir “algo que dé”, aunque también quiere estudiar, entre otras cosas, porque la formación académica es vital para ascender en la CTA.

Yo digo que desde que empiece a estudiar algo [...] yo lo consigo. O sea, igual, si conseguí alejarme de eso [de la criminalidad y la drogadicción], terminar mi estudio yo solo y estar en donde estoy yo solo, ¿por qué no voy a poder conseguir lo otro? (Entrevista 1, Juan, 2007)

Sin embargo, no es claro el papel que juega el cargo actual de Juan como garante de las metas que proyecta para los siguientes nueve años de su vida. En primer lugar, se ve ejerciendo lo que le gusta: ingeniería de sonido, como una manera de desarrollar su afinidad por la música. Aun así, a la fecha de la entrevista, tras llevar un año trabajando en la CTA, no había averiguado dónde podría estudiar esa ingeniería, ni cuánto le costaría:

—Juan: No sé, nunca he averiguado dónde habrá esos cursos. Ingeniería de sonido se llama. —David: ¿Y por qué no ha averiguado?—Juan: Es que es por el tiempo, o sea, yo allá me la paso todo el día, y que haga esto y haga lo otro. A veces termino las ocho horas y tengo trabajo, entonces me toca quedarme más. Y pues siempre salgo por lo general seis o siete de la noche. Entonces pues no me queda tiempo para estar buscando aquí o allá. (Entrevista 1, Juan, 2007)

Además del tiempo, la falta de recursos económicos le impide a Juan estudiar. De modo que, para hacerlo, necesitaría ascender de cargo, mas a su vez, este ascenso se encuentra mediado por la posibilidad de estudiar, lo cual lo encierra en un círculo de exclusión. Estaría la opción de buscar otro trabajo con mejores ingresos, pero con una jornada también parcial, que le permita estudiar. No obstante, Juan tampoco ha buscado otras alternativas de empleo:

—David: Y si lo que necesita es estudiar, y en este momento la cooperativa no le permite hacerlo, por lo menos no lo que quiere en una universidad privada, ¿entonces tendría que cambiarse de trabajo?

—Juan: Sí, para lo que yo quiero, sí, claro, me tocaría cambiarme de trabajo. —David: ¿Y ha contemplado otra

posibilidad de trabajo que crea que le permita lograr eso que quiere?²—Juan: No, nunca me he puesto a decir “voy a pasar hoja de vida a tal lado donde puede ser mejor”, no, no lo he hecho, “igual ya soy coordinador”. (Entrevista 1, Juan, 2007)

Aun cuando no es claro cómo puede realizar sus anhelos de estudiar ingeniería a partir de su trabajo en la CTA, Juan se ve dentro de seis años no sólo respondiendo por sí mismo, sino adquiriendo compromisos económicos con su pareja e hijos, y además, sin deudas:

Ya tendría 25 años. Sería mi hogar, casa, con mi mujer, mi esposa, cada uno trabajando, con mis hijos, con los lujos que uno quiera siempre. Que vamos el domingo a tal lado... Eso lo veo así, ya tener mi trabajo, con estudio, tener todo ya, sin deudas, sin nada. Es lo mejor, no tener deudas. (Entrevista 1, Juan, 2007)

Al hacer esa proyección y en particular al verse como padre, Juan no problematiza el efecto que el rol reproductivo tendría sobre su actividad productiva, lo cual contrasta, como veremos, en los casos de Diana y Sandra, para quienes lo reproductivo juega un papel determinante en el rol productivo.

“Yo quería ser...”: De gustos a necesidades

Para el momento de la entrevista, las metas más próximas de Miguel apuntaban a ser contratado directamente por “Almacenes Éxito”, bajo el cargo de Auxiliar de Mercadeo. Si bien antes de ingresar a la CTA Miguel no tenía necesidades económicas acuciantes, luego de ingresar, recién cumplidos sus 17 años, su novia quedó embarazada. Ante tal situación, Miguel vio la necesidad de conseguir un empleo más estable, como el de auxiliar de mercadeo. Este cargo le implicaría una jornada de seis horas diarias de lunes a viernes, muy parecida a la de los empacadores, pero a cambio de una remuneración fija, correspondiente al salario mínimo proporcional a dicha jornada.

De ese modo, Miguel podría contar con un rubro constante para pagar una niñera ante la pronta partida de su hermana, quien para el momento de la entrevista lo apoyaba cuidando a su hijo recién nacido aunque ya había anunciado que se casaría y, por tanto, le retiraría este

apoyo: “Lo que me estoy haciendo diariamente me lo gasto, en cambio, en la quincena, pues yo podría ver más plata y comprar más cosas”. Esta aspiración de aumento salarial mediante un empleo como auxiliar de mercadeo, sin embargo, no concuerda con los gustos de Miguel, sino que responde a su necesidad económica: “no es que me trame [guste] mucho, pero ‘me toca’, ¿sí me entiende?, me toca y entonces por eso lo quiero hacer”. (Entrevista 4, Miguel, 2008)

Algo similar sucede con las aspiraciones de Miguel en el plano educativo. Aunque por el momento se concentra simplemente en terminar su bachillerato, cuando piensa en lo que le gustaría estudiar, señala una transformación de sus expectativas derivada de sus responsabilidades como padre. Así, si antes pensaba en una carrera como diseño gráfico, asociada a su gusto por los *grafos* de la cultura *hip hop*, ahora se proyecta estudiando “algo que dé plata” y que le garantice suficientes ingresos para responder por su hijo:

Yo quería ser... yo quería estudiar diseño gráfico... por ese sentido de los grafos y toda esa cosa y pues básicamente por eso... pero ya no... básicamente porque quiero estudiar algo que me dé plata ¿sí me entiende?... Es que yo antes no pensaba tanto en la plata, yo decía pues algo que me guste, porque para qué me voy a poner a estudiar algo que me dé plata y no me guste, pero ahorita pues por el sentido de que quiero ver al niño, pues grande y con buenas cosas... como colocándome metas... ¡Porque a mí no me gusta pensar que ese chino va a vivir mal conmigo! Ahorita estoy pensando en eso, como pa' sacarlo adelante a él, más que todo pensando en él. (Entrevista 4, Miguel, 2008).

Entre las alternativas educativas que le atraen en función del interés monetario, Miguel destaca la carrera de derecho. Además considera que esta profesión le permitiría desarrollar cierto altruismo, apoyando a quienes han cometido errores ante la justicia:

Me trama [gusta] esa vuelta, como defender así sea culpable o sea bueno, ¿sí pilla? Defenderlo, tener la igualdad de todos, entonces me trama [gusta] por ese sentido, porque uno no tiene que mirar si el *man* es rico o pobre, tenemos que ayudarlo, ¿sí me entiende? Si el *man* mató y uno tiene

que defenderlo, pues lo tiene que defender, es el trabajo de uno... (Entrevista 4, Miguel, 2008)

No obstante, al igual que Juan, hasta el momento Miguel no ha buscado universidades ni otro tipo de instituciones donde pueda desarrollar estos intereses: "cuando termine el bachillerato me pongo en eso, ahorita para qué". Aun así, considera que hasta este momento de su vida ha hecho todo lo que ha querido.

Al proyectarse tres años adelante, Miguel se ve terminando el bachillerato y con su hijo más grande, mientras trabaja como cajero en Almacenes Éxito. Una imagen casi igual recrea seis años después, sólo que suma a lo anterior una actitud más responsable de su parte, en términos de "sentar cabeza", sobre todo, teniendo en cuenta que en el momento de la entrevista enfrentaba problemas de drogadicción. Aunque al nacer su bebé había reducido el consumo, desde muy temprana edad Miguel desarrolló una adicción, que incluso lo llevó a ser expulsado de un colegio luego de haber escupido a un rector mientras se encontraba bajo los efectos de la marihuana.

Por otro lado, Miguel proyecta en el futuro volver a darse gustos como lo hacía antes de tener a su hijo, por ejemplo comprándose zapatillas de 200 mil pesos, pues considera que el sacrificio económico por el niño "es por un ratito, mientras crece". En cuanto a la posibilidad de establecer una pareja, luego de que la madre de su hijo abandonara a ambos, Miguel no ha vuelto a considerar tener novia ni se ve conformando un nuevo núcleo familiar. No sólo por su corta edad, sino porque ello le implica pensar en el tipo de mamá que quiere para su hijo: "Hay nenitas ahí que le traman [gustan] a uno, pero no, ya en meterlas como la mamá de mi niño, no".

Dele pa' delante: Nadando contra la corriente

En Sandra también se expresó un "yo quería ser" derivado de la imposibilidad de ingresar al Ejército cuando recién había cumplido los 18 años, pues un tío que le había prometido asumir los gastos que implicaba su vinculación falleció inesperadamente, dejando sin concretar esta expectativa. Sin embargo, aun en medio de las responsabilidades

que adquirió al asumir el cuidado de su madre y de su hermano, tras ser abandonados por su padre, a sus 24 años Sandra ha reorientado sus expectativas y recursos presentes, en función de otros gustos que espera materializar a mediano plazo en el plano laboral.

Una de las principales metas de Sandra para los próximos años es montar un restaurante en el pueblo de origen de su madre. Esta idea se deriva de la preocupación por acompañar a su abuelo, quien se encuentra grave de salud y no cuenta con suficiente apoyo y atención en ese lugar. De manera que, mientras Sandra permanecería en Bogotá, su mamá y su hermano menor viajarían para vivir con él y cuidarlo.

Si mi mamá decide irse para Boyacá a montar el local allá, entonces ¿qué hago acá? Vendo este local y con la plata que reciba surto allá... desde que yo tenga las manos buenas y esté bien de salud, dele pa' delante. (Entrevista 3, Sandra, 2008)

La primacía de las metas familiares no le impide a Sandra establecer proyectos individuales. Así, aspira a tener un contrato a término indefinido “manejando una MKL”, es decir, un furgón para transportar mercancía a lo largo del país. En función de este propósito ahorró para obtener su respectivo pase, siguiendo los pasos de vecinos suyos que tienen este tipo de trabajo: “yo los veo y se ganan dos, tres millones en un viaje”.

Estas aspiraciones constituyen todo un avance en relación con el punto de partida de Sandra, sobre todo al darse en el plano de la legalidad. Sin embargo, son perspectivas vitales inscritas en un escenario que exige relativamente poco capital cultural y por tanto se encuentra asociado a bajos niveles de reconocimiento social. Además, Sandra identifica una posible dificultad para alcanzar su anhelo de conducir una MKL, dada la discriminación laboral que suelen enfrentar las mujeres en el gremio de los transportadores, y más en su condición de lesbiana:

¿Qué me falta? Una oportunidad. *Uno* como mujer y lesbiana es muy discriminado en ese sentido, y a mí nadie me ha dado la oportunidad porque soy mujer, la mayoría son camioneros, o sea eso es lo que me hace falta, una oportunidad, a mí la demora es que me prueben y ya. (Entrevista 3, Sandra, 2008)

De no darse el viaje de su madre, Sandra considera otro horizonte posible: continuar viviendo con su familia en Bogotá, ampliar el local comercial que ella misma logró montar con sus ingresos como empacadora y crear una fuente de trabajo para otras personas:

(...) tendría gente trabajando para mí, estaría generando empleo, y eso sí me gustaría, que mi mamá estuviera supervisando un local, un bar, cualquier cosa de esas, así sea la rocola, listo, pero yo puedo tener, uno, dos, tres cuatro personas más y que ella me supervise todo... que ella no me esté llamando "*mija* es que no tengo pa'l desayuno". (Entrevista 3, Sandra, 2008)

Así, Sandra se plantea varias opciones en los pasos a seguir en su proyecto de vida. En el plano formativo, si bien reconoce que las limitantes económicas actuales le impiden estudiar, no descarta el desarrollo de una carrera técnica en criminalística, opción que a su vez vincula al oficio de conductora de camión y a los beneficios que traería a su familia.

Imagínate yo trabajando con el CTI, recogiendo muertos, ¡tan chévere!... Imagínate cuánta plata me van a pagar, como cinco millones, ¿será que con cinco millones no mantengo a mi familia? Los mantengo como a reyes, les coloco hasta empleada del servicio, que no muevan un dedo. (Entrevista 3, Sandra, 2008)

Sin embargo, como parte de las averiguaciones hechas por Sandra para desarrollar estos intereses, encuentra que la simple matrícula de un curso de criminalística le costaría demasiado: "nomás la entrada vale millón y medio, la sola entrada".

En el plano sentimental, Sandra ve distante la conformación de una pareja estable, pues considera que ésta trae consigo una serie de gastos y responsabilidades que chocan con sus prioridades actuales. Al plantear esta perspectiva, de nuevo se combinan en Sandra elementos tradicionales e innovadores de género, pues aunque explicita una orientación sexual disidente de los modelos hegemónicos, reproduce una imagen de la mujer como ser económicamente dependiente del hombre:

"yo tengo unos proyectos y yo sé que si estoy con otra persona me gasto plata, porque yo sé que las viejas piden

como un “hijuemadre”, las invita uno a tomar tinto y piden capuchino de ocho mil. Entonces ¿sí me entiende? Eso es mucha plata, eso es otro arriendo... yo no deajo gastar nada... Yo soy “mi amor ¿qué quiere? ¿Qué va a tomar?”. (Entrevista 3, Sandra, 2008)

¿Ser mamá? Nuevos horizontes / inquietudes aplazadas

Al igual que Sandra, Diana aspira conseguir a mediano plazo un trabajo con contrato a término indefinido. Sin embargo, se proyecta en una escena laboral ligada a la profesión como licenciada en física que, para el momento de la entrevista, se encontraba cursando en una universidad pública. Desde su punto de vista, podría conseguir un buen puesto luego de haber acumulado capital cultural mediante formación posgradual, experiencia en su campo e incluso manejo de otros idiomas a partir de la residencia en el exterior bajo la condición de estudiante. A partir de estas aspiraciones, Diana se ve dentro de nueve años en una posición de clase superior a la de su origen popular, recibiendo ingresos de 10 millones de pesos mensuales, casi 10 veces por encima de lo proyectado por Juan, y tres veces mayor a las expectativas salariales de Sandra. Todo ello como antesala a un estilo de vida holgado, con amplias posibilidades de consumo, deleite estético y espacio para sí misma:

Una maestra con un doctorado, maestría, años de experiencia, haber publicado tal cosa, estar ganando diez millones mensuales. Entonces, digamos, yo me pongo a pensar, con tres millones mensuales: un millón para la casa, un millón para mi *no sé qué...* y digo así... A mí me gustaría vivir, digamos, en el norte. Tener casa en La Calera. Y es por el ambiente, aunque a veces no me gusta estar muy sola. Entonces yo digo: no, necesito como un apartamento o una casa dentro de un conjunto. Pero algo cómodo, algo grande. Me gustan los apartamentos grandes, los muebles así todos bonitos... Yo tendría que estar ganando bien, porque la forma de vida, la que yo quiero es muy cómoda, por decirlo así. Tengo que tener mi casa, quiero mis gastos, si llegase a tener hijos, quiero darles todo. Y si no, a mí me gusta mucho

la ropa, la ropa es muy costosa. Los apartamentos que me gustan son demasiado costosos. (Entrevista 2, Diana, 2008)

En el relato de Diana, la maternidad aparece como una "opción" subordinada a su trayectoria laboral, y en ningún momento como un destino. Sin embargo, ello no excluye toda una reflexión por parte de Diana alrededor de los vínculos entre la escena productiva y la reproductiva, a diferencia de Juan:

—David: Si yo te pregunto para ti qué es más importante dentro de nueve años, ¿tu pareja y tus hijos, o tu proyecto académico? ¿Qué crees que sea más importante?—Diana: Dependiendo cómo esté mi proyecto de trabajo. Yo creo que ahí es donde uno dice: "Yo puedo estar aquí, desarrollando este proyecto y tener mi familia". Como tengo que estar viajando y no puedo darle una prioridad a mi familia, entonces yo creo que en ese momento tienes que evaluar. O sea, yo no te podría decir: "Sería más importante tal cosa", porque no lo estoy viviendo. Entonces sería en ese momento decir: "Ven, puedo tener una familia y darle lo que necesita para poderse desarrollar bien". (Entrevista 2, Diana, 2008)

Como se observa, Diana aplaza para su futuro la decisión de ser o no ser madre y la deja en función del estado de su carrera laboral. Así, en ella se configuran una serie de horizontes muy por encima de los de su madre, y en general, de la imagen tradicional de la mujer como madre y ama de casa. Al mismo tiempo, aunque aparece la problematización de los vínculos entre los roles productivos y reproductivos, por el momento priman los primeros, o por lo menos se les ve como un referente a partir del cual se definen otras dimensiones de su vida personal, en particular aquéllas ligadas al rol de madre.

Conclusiones

Aun cuando se haya abierto la posibilidad de que algunas mujeres jóvenes desarrollen un proyecto educativo a partir de una descarga de responsabilidades reproductivas, ese “avance” encuentra sus límites cuando aparece la pregunta por el futuro, y en particular por la posibilidad de ser madre. En el caso de las mujeres, el ejercicio del rol materno sigue generando inquietudes (Diana), ya sea ante una posible desvinculación del mercado laboral, o ante la búsqueda de fórmulas para asumir paralelamente los roles productivo y reproductivo, por lo menos durante la primera infancia del hijo o del familiar que se asume como responsabilidad propia, como en el caso de Sandra en relación con su hermano. Mientras que en los hombres predomina, o bien el silencio (Juan), o bien la búsqueda de descarga del rol paterno en mujeres de la familia o en “niñeras” (Miguel). Como telón de fondo, la reducción de servicios sociales por parte del Estado lejos está de garantizar la socialización del cuidado de los nuevos ciudadanos.

La fractura de los vínculos colectivos alrededor el trabajo es más grave para las mujeres que para los hombres, sobre todo cuando en ellas se cruzan condiciones de clase y orientación sexual que difieren del parámetro del hombre burgués, como en el caso de Sandra, implicando una mayor dedicación de tiempo y de esfuerzo en comparación con los hombres, para sacar adelante sus expectativas de vida, así como las de otras personas a su cargo.

Aun así, la complejidad prevalece al observar que, en medio de estas desigualdades a favor de los hombres, las perspectivas de vida masculinas, por lo menos las de los jóvenes sujeto de esta investigación, se quedan cortas en comparación con la amplitud de expectativas y la mentalidad programática de las mujeres entrevistadas. Mientras que en éstas el presente aparece como un punto transitorio, sea para estudiar o para adquirir habilidades a partir de las cuales se proyectan mejores vinculaciones laborales a futuro, en ellos predomina un presente percibido como victoria ante la posibilidad latente de “caer” en condiciones propias del origen social, rodeadas por las sombras de la drogadicción y de la ilegalidad.

Paradójicamente —en medio de una estructura patriarcal— las trayectorias femeninas resultan ejemplares en términos de la valoración positiva del autocuidado, la planeación y el ahorro juicioso como sólidas bases para desarrollar los proyectos de vida. Los hombres tenemos mucho que aprender de las mujeres en términos del imperativo del autocuidado, así como de la disciplina académica y laboral.

Sin embargo, sería ingenuo expresar sólo optimismo ante la problemática analizada, pues como lo señalan Díaz, *et al.* (2005), en la actualidad el trabajo construye identidad a partir de la acción de trabajar en sí, y no de tener vínculos. Así, por ejemplo, no es la relación entre Sandra y Almacenes Éxito la que le permite construir un proyecto de vida que incluye a su madre y a su hermano. Esa relación sólo se limita a brindarle ingresos tan variables como las propinas, a partir de las cuales ella ahorró con el fin de “montar un negocio” como alternativa productiva que le permitiera alcanzar las expectativas que tiene para sí misma y para su familia, dentro de las cuales el proyecto educativo no se presenta como una posibilidad realizable. Aun así, con todo lo inestable que pueda ser un negocio propio, la relación con él se proyecta más estable y prolongada que la precaria relación con Almacenes Éxito. Aunque, incluso en el caso de materializar sus anhelos, Sandra evidencia sólo un desplazamiento de género intra-clase, a costa de un posible ascenso social basado en la adquisición de capital cultural mediante la educación.

Por otro lado, aunque ni Sandra, ni el resto de entrevistados/as, presentan en sus relatos un posicionamiento crítico ante las condiciones de explotación laboral en las cuales se inscriben, se debe reconocer el contexto histórico donde nacieron los/as jóvenes, caracterizado por un proceso paralelo de individualización subjetiva y precarización laboral estructural, traducido en altos niveles de indiferencia ante la explotación en el trabajo. Asistimos a la adaptación de las interpretaciones y actitudes personales a las condiciones laborales precarias contemporáneas (Sennet, 2000). En palabras de Bourdieu, “las esperanzas tienden universalmente a acomodarse a las posibilidades objetivas” (Bourdieu, 1999: 287). Si bien en todos los relatos aparecen perspectivas de vida que se apoyan en el empleo de empaquador/a, ese vínculo gira alrededor de la actividad de

trabajar en sí, de obtener propinas o por mucho de contar con seguridad social; pero es casi nulo el papel de la afiliación a la CTA como una relación que le permita a los empacadores potenciar sus aspiraciones personales.

Hoy predomina un ambiente donde el trabajo es subvalorado en su papel histórico de construcción de lazos sociales; y sobrevalorado como medio para privilegiar los intereses empresariales por encima de los derechos laborales. Todo ello bajo un modelo de desarrollo economicista, que sigue primando a pesar del tambaleo financiero.

Lo dramático de este hallazgo es que los “raros” y las “raras” que entran a esta CTA, en realidad no son tan extraños en medio de los millones de jóvenes colombianos/as que nacen en la pobreza. Ante las altas tasas de desempleo e informalidad juvenil del país, los pocos jóvenes que acceden al mercado laboral en condiciones formales terminan encerrados en la encrucijada de llegar al trabajo formal justo cuando más informal se ha vuelto, si cabe la expresión y después de pasar por situaciones mucho más riesgosas: robando carros o celulares, rompiéndose los dedos mientras amarran bolsas junto a cientos de mujeres que trabajan en las maquilas, o luchando por dejar a un lado el consumo de psicoactivos en las esquinas de Bogotá. Lo anterior —además de una ruta de análisis— manifiesta la acuciante necesidad de visibilizar las propuestas feministas, en particular de la economía feminista, como referentes para concebir el trabajo de forma más solidaria. Asimismo, es necesario que el movimiento sindical adelante estrategias creativas para reencantar a la juventud y a las mujeres, pues la historia y el feminismo han reiterado los vacíos que supone asumir la desigualdad como un problema solamente de clase social. Más bien, es necesario pensar y actuar a favor de la combinación estratégica de las reivindicaciones de todos aquellos grupos marcados por fuera de la imagen del hombre adulto, blanco, heterosexual y (pequeño) burgués.

Sin embargo, para alcanzar mayor comprensión sobre los vínculos entre género, trabajo y proyectos de vida juveniles, sería necesario que investigaciones como ésta abarcaran una muestra más amplia y diversa. Aunque las cuatro entrevistas realizadas ofrecieron una rica información, la pretensión de comprender los “cruces de diferencias” exige mayor cobertura. Es necesario profundizar en estudios que, siguiendo la línea

de indagar por el papel del género y del trabajo en los proyectos de vida juveniles, combinen técnicas cualitativas y cuantitativas que garanticen profundidad y, al mismo tiempo, representatividad en los análisis. Aun así, esta investigación indica la incidencia del género en los distintos y desiguales sentidos que los y las empacadoras asignan al trabajo productivo y reproductivo en sus proyectos de vida. ■

Recepción: Julio 29 de 2010

Aceptación: Noviembre 19 de 2010

David Andrés Díez Gómez

dadiezg@gmail.com

Colombiano. Magíster en estudios de género de la Universidad Nacional de Colombia. Docente-investigador. Departamento de Trabajo Social. Uniminuto, Seccional Bello Antioquia, Colombia. Líneas de investigación: antropología económica, género y psico-dinámica del trabajo.

Bibliografía

- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001). *El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1998). El *habitus* y el espacio de los estilos de vida. En: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1999). El ser social, el tiempo y el sentido de la existencia. En: *Meditaciones pascalinas*. Barcelona: Anagrama.
- Díaz, Ximena, Lorena Godoy y Antonio Stecher (2005). Significados del trabajo, identidad y ciudadanía. La experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible. En: *Cuaderno de Investigación* No. 3. Chile: CEM.
- Giddens, Anthony (1991). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

- Guzmán, Virginia y Amalia Mauro (2004). Las trayectorias laborales de mujeres de tres generaciones: coacción y autonomía, y Trayectorias laborales masculinas y orden de género. En: Rosalba Todaro y Sonia Yáñez (editoras). *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*. Santiago de Chile: CEM.
- Maffía, Diana y Mauro Cabral (2003). Los sexos ¿son o se hacen? En: Diana Maffía (editora). En: *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Semina Editora.
- Pineda, Javier (2005). Empleo y juventud: disparidades de género e inequidades sociales. En: *Revista Javeriana*. No. 715, pp. 1-9.
- Ríos, Norberto (1992). El sindicalismo colombiano hoy. En: *Revista de la ENS*. No. 25, pp. 62-67.
- Scott, Joan (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. James Amelang y Mary Nash (editoras). España: Alfons el Magnànim.
- Sennet, Richard (2000). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Viveros, Mara (2004). El concepto de “género” y sus avatares: Interrogantes en torno a algunas viejas y nuevas controversias. En: Carmen Millán y Ángela María Estrada (comps.). *Pensar (en) género*. Bogotá: Puj.

Entrevistas citadas

- Entrevista 1.* Juan. 21 de septiembre de 2007. 19 años. No estudia, tiene educación secundaria. Es soltero, sus padres tienen educación básica. Su trabajo se orienta principalmente a su supervivencia personal. Es coordinador y lleva un año en la cooperativa.
- Entrevista 2.* Diana. 29 de marzo de 2008. 19 años. Estudia licenciatura en física en la Universidad Distrital. Soltera, sin personas a cargo, sus padres tienen educación secundaria. Orienta sus ingresos principalmente a costear su estudio. Es coordinadora y lleva un año en la cooperativa.
- Entrevista 3.* Sandra. 7 de abril de 2008. 24 años. No estudia y tiene educación técnica incompleta. Su padre tiene educación primaria y su madre, secundaria. Es soltera, sus ingresos se orientan al mantenimiento propio, el de su mamá y su hermano menor. Es empacadora, lleva seis meses en la cooperativa.

Entrevista 4. Miguel. 15 de abril de 2008. 17 años. Está terminando su bachillerato, su madre tiene educación primaria y su padre, secundaria. Es soltero, orienta sus ingresos a su supervivencia personal, la de su hijo y el pago de su educación. Es empacador y lleva seis meses en la cooperativa.

